

—Vamos, que esa gente ha asustado á las señoras, es necesario tranquilizarse, todo ha concluido ya.

Doña Blanca y Eloisa se buscaron con la mirada interrogándose sobre aquella casualidad.

Aquellas dos almas se encontraron de granito, bajo la armadura invulnerable del disimulo.

## CAPÍTULO XI.

De como pueden ir dos almas sobre la misma huella.

### I.

Las fiestas de la patria habian terminado, las tropas yacian entregadas al descanso en sus cuarteles, y uno que otro grupo de transeuntes atravesaba por las calles en son de retirada.

Las lamparas de los balcones y las luminarias se iban extinguendo, recobrando las sombras de la noche su imperio sobre el campo y la ciudad.

A lo largo de la calle de Mercaderes se paseaban dos oficiales, mientras que un embozado yacia oculto en el dintel del zaguán frente á la casa del señor Mons y totalmente envuelto en la oscuridad.

—Usted siempre triste, mi comandante.

—Es mi carácter, capitán Martinez.

—Cuando nos conocimos estaba usted alegre como una golondrina y no habia en su frente esa palidez, puede ser que esté usted malo del hígado.

El comandante no pudo menos que reírse de la ocurrencia.

—El palco en que estaba usted era un cielo, señor comandante, esa extrangerita y Eloisa eran lo mas lindo de la concurrencia; cuando las ví entrar me quedé con la boca abierta; si he sido tiburón, me las trago.

—Sí, las dos son bonitas.

—Como dos perlas. Y usted, ¿á quién prefiere de las dos?

—Silencio! dijo Mondoñedo, no hable usted así, podrían oírle, y-----

—Y qué me importa? lo que digo ahora lo gritaría en medio de la plaza y desde la periquera donde se subió el señor poeta á echar su parangón.

—No sea usted imprudente, capitán.

—Yo que creía verlo á usted apasionado cuando menos de las dos, lo hallo tímido como una tórtola, ¡canario! si la mejor de las facciones del señor Mons es su hija: vamos, que me hicieron gracia las dos palomas, vea usted qué casualidad, ellas que ven para el pretorio de en frente, y que gritan al mismo tiempo, por el rabo de Satanás que se espantaron con el embozado!

—Qué, qué ha dicho usted, capitán?

—Nada, lo que he visto y nada mas.

—Este hombre no se equivoca, pensó Mondoñedo, y luego prosiguió en voz alta; pero esa es una equivocación de usted, capitán.

—Por la berruga de mi abuela, que es tan cierto como que hoy me ha puesto *papá* Benito esta cruz en el pecho; y que manos tan lindas tenía la esposa del ministro de la guerra! vea usted, mi comandante, me dieron ganas de----- insisto en mi idea de trasformarme en tiburón.

—Y dice usted que las dos vieron á la vez al embozado?

—Lo afirmo, y que yo también le eché el ojo.

—Capitán! las señas al momento.

—Cualquiera diría que se enojaba usted.

—No; pero es el caso que deseo saber todo, todo de una vez.

—Está usted celoso, no es eso?

—Sí; pero eso no importa, hable usted, por compasión.

—Pues el embozado tiene una barba negra y una cabellera tirada hácia atrás como la melena del león, es guapo, sus ojos brillaron un instante, y zas; se acabó el cuento, porque el caballero se filtró por la puerta, y yo me salí á arreglar la cuestión de Guilebaldo.

—El es! exclamó el estudiante con desesperación.

—Quién? ¡ah! sí, Guilebaldo, bien le decía yo, alguna desgracia te va á suceder con ese pitifraque ó cuchupeta, no sabes andar con chaqueta de faldas, eso está bueno para los señores; dicho y hecho, el *sorbete* atrajo la tempestad de garrotazos, que á no ser porque resultó prójimo cercano del viejo, pasa al hospital en calidad de contuso; vea usted lo que son las cosas, los suegros husmean al yerno, se necesita muy buen olfato para entresacar de tanta concurrencia al marido de la hija, y darle esa zurribamba de muletazos; yo, si me casara, le pondría por condición á mi novia que nunca hubiera tenido padre; y madre mucho menos; porque las suegras son capaces de tirar de la cola á Barrabas, como Isabelita hizo con los faldones de su esposo. Yo me reía á carcajadas; el de la pata tesa se volvió un basilisco; pero eso sí, se enterneció junto al pilar del teatro luego que supo lo del casamiento, y como la niña ya----- es decir----- como quien dice que es semiabuelo el inválido, esto ablanda á las peñas; porque como dijo el otro, se quieren mas á los nietos-----

—No hay duda, murmuraba Mondoñedo, ese hombre ha tenido la avilantez de presentarse en nuestro campo; dar aviso es una villanía; pero yo siento que me ahogo.

—Las dos de la mañana, mi comandante, voy á tomar el último trago y dormiremos un rato.

El estudiante tendió su mano al capitán Martínez, que se echó calle adelante silbando la popular canción de los *cangrejos*.

## II.

El estudiante se quedó profundamente pensativo, la linterna mágica de sus recuerdos tornaba á girar delante de su pensamiento, y su alma era una tormenta sin relámpagos, toda sombra y oscuridad.

Aquellas dos mugeres se disputaban su corazón en la lucha siempre terrible del espíritu.

Recordaba la dulce melancolía de Eloisa, ese candor angelical de su mirada, la altiva dignidad de su apostura, el acento apacible de su voz y aquella hermosura deslumbradora que la hacia aparecer como una imágen del paraíso; entonces se sentía apasionado, profundamente apasionado de aquella muger, último destello en el caos denso de su vida. Eloisa era la postrer esperanza en su naufragio, la estrella que debía preceder á su destino.

El infeliz jóven le pedía al cielo que don Fernando insistiera en los amores de doña Blanca, que se olvidase de Eloisa, que huyera para siempre con la Montemolin, y no le inquietase en su soñada y pretendida felicidad.

Después su pensamiento lo arrebatava de aquel cielo purísimo de dicha, y lo trasportaba á la presencia de la jóven aventurera.

Contemplaba aquella fisonomía siniestramente magestuosa, aquella mirada eléctrica y poderosa, aquella frente donde se adivinaba una diadema invisible, aquel lábio desdeñoso y aquel acento vibrante y sonoro como la voz del ángel de las venganzas.

¿Cómo dejar que el conde se llevase ese tesoro en el torrente de su vida romancesca y de conquista?..... Los celos combatían el alma del estudiante azotándola sin misericordia.

No era el fenómeno de un amor compartido por igual entre dos seres, era la envidia á un hombre afortunado, la vacilacion del orgullo, la avidez de poseer el cariño de aquellas dos almas, como quien ambiciona glorias militares.

El jóven veía mas hermosa á la que creía perder, y el desgraciado no comprendía que estaba entre la muerte y el precipicio.

Trastornado su espíritu, su imaginacion estraviada en el mundo desconocido de lo imposible, el vértigo estaba apoderado de su existencia, ¡pobre corazón humano! barca miserable en los mares inquietos de la vida, juguete del viento y de las olas, va sobre la superficie de un abismo donde se refleja el cielo y se esconde en el vórtice del infinito.

Dentro de aquel cerebro se agitaba un mundo á la extraña luz de la fascinacion.

Luego que el juicio tiraba por la senda de lo irrealizable, el corazón se desprendía de la cadena y paralizaba sus latidos.

A fuerza de pensar se agotó la oleada candente de las ideas y la abstraccion reemplazó con su fijeza el torbellino de la fiebre.

Los ojos del estudiante vagaron en torno, su frente sintió el hielo del viento, y aquel hombre dirigió sus pasos en busca del sueño y del reposo.

El cerebro habia hecho su erupcion y la calma tornaba como una sombra á dar paz al espíritu en la pesada atmósfera de la atonía.

Caminaba el estudiante en direccion á la casa de su alojamiento, cuando el crujir de una vidriera lo sacó de sus contemplaciones.

Levantó la cara y vió que el balcon de la cámara de doña Blanca se abría y que un bulto de muger aparecía en el dintel.

Recatóse Mondoñedo para observar.

El bulto agitó un lienzo blanco; entonces, de la sombra que caía en la acera de enfrente se desprendió un embozado, y

atravesando la calle se acercó al zaguan, que cediendo á un leve impulso, se abrió dando paso al caballero.

La sangre se agolpó al cerebro del estudiante y sus ojos se fijaron en la puerta que acababa de tragarse al embozado.

Vaciló algunos momentos sobre el partido que debiera tomar, el sentimiento del orgullo se enseñoreó en su corazón, puso mano á una de sus pistolas y se dirigió resueltamente á la casa de doña Blanca.

### III.

Eloisa Mons había visto por casualidad á don Fernando en los momentos en que este se mostraba á doña Blanca.

La enamorada joven creyó que su prometido, arriesgando la vida por darla una satisfacción, había abandonado su campo y venia á echarse á sus pies y pedirle perdón, y explicarle su conducta tan misteriosa hasta entonces.

Tornó bajo este prisma encantador á soñar en el mundo de sus amores y de sus esperanzas, volvió á llamar á la imagen de sus ilusiones, la acarició con el entusiasmo de su pureza y la exaltación intensa de su candor.

La luz del amor centelleaba en sus pupilas, sus mejillas se coloraban á los primeros rayos de aquel sol radiante que aparecía tras de la noche oscura de sus dolores.

Eloisa se trasformaba en un ángel de cariño, la sonrisa estremecía su labio, y su seno palpitaba emocionado.

En el silencio de la noche y tras la vidriera de su balcón, esperaba el momento en que don Fernando apareciese, porque estaba segura de que vendría.

Calculaba Eloisa que su amante solicitaría una entrevista antes de hablar con el Sr. Mons, y estaba dispuesta á concedérsela.

Las horas pasaban y la calle permanecía en silencio.

Los goznes de la vidriera inmediata crujieron, y el roce de un traje se dejó sentir en los barandales.

Eloisa se estremeció.

Abrió con el mayor cuidado la puerta vidriera de su aposento, y se puso jadeante de emoción en acecho de lo que pasaba.

Vió que su huésped la señorita Amalia Brown agitaba su pañuelo.

Una sospecha terrible cruzó como un relámpago por el cerebro de la joven.

Lanzó sus miradas á la oscuridad de la calle, y percibió perfectamente al embozado que atravesó en dirección al zaguan.

Doña Blanca no pudo ver á Mondoñedo, ni apercibirse de que en el próximo balcón no le perdía movimiento su rival.

### IV.

Luego que la familia Mons abandonó el teatro, se acercó á doña Blanca entre el bullicio de la gente un hombre y deslizó en su mano un billete.

Eloisa, con la ilusión de ver á don Fernando, trató de separarse de su amiga.

Doña Blanca apresuró esta despedida y se entró en su aposento.

Sin quitarse los atavíos de fiesta, se acercó ansiosa á la bujía, abrió el billete, y leyó para sí:

“Señora, si permitis al hombre que os ama, arrojarse á vuestros pies solicitando el perdón de faltas involuntarias, de las cuales no mas culpo al destino, estaré toda la noche al frente de vuestros balcones esperando una sola palabra que me vuelva la calma al corazón. Adios! Vuestro—FERNANDO.”

Quedóse la jóven profundamente pensativa: despues comenzó á quitarse sus atavíos, y conservando esa belleza tan arrebatadora que presenta una mujer al regreso de un sarao, cuando su semblante se vela con las primeras sombras del cansancio y del romanticismo.

Doña Blanca, que por razones de familia sabia cuán léjos se hallaba del hombre de su amor, se sentia arrebatada por aquel imposible; queria subyugar al destino, renunciar voluntariamente á su cariño, y no ceder el triunfo á una *razon de Estado*.

Entregada á sus ilusiones de ambicion y de grandeza, su amor parecia extinguirse en el fondo de su corazon con la ausencia de don Fernando; pero al verle bajo el prisma del arrojio y del peligro, sintió renacer su amor y esperó resueltamente al aventurero.

Aguardó á que se entrase la noche, y con ella el sosiego, no sin meditar detenidamente la manera con que explotaria en favor de sus miras los amores de don Fernando.

Doña Blanca era hábil, capaz de sacar partido de cualquiera situacion, y esa noche se proponia avanzar algo en el camino por el que adelantaba enmedio de tanta contrariedad.

La jóven soñaba aún en la candidatura del príncipe D. Juan, cuando la Francia apoyaba decididamente al archiduque de Austria, esperando siempre algo por el lado del Rhin en ese cange perpétuo de los soberanos que disponen de vidas y haciendas.

## V.

Las dos de la mañana sonaron en los relojes de la ciudad.

Alzóse la condesa, abrió cuidadosamente el balcon, agitó su pañuelo, y don Fernando, que era atrevido, se llegó á la puerta de la casa, que cedió á un pequeño esfuerzo, se entró en el patio, y subió la escalera donde lo esperaba la condesa.

—Seguidme, dijo en voz baja doña Blanca.

Don Fernando no respondió, pero se echó á andar precedido por su guía.

A los pocos momentos se encontraba el galan en la estancia de la condesa.

Doña Blanca estaba intensamente pálida; sus miradas se fijaban en el semblante profundamente triste del conde.

Don Fernando permanecia de pié, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada, y sus ojos viendo al soslayo.

—Hablad, caballero!

—Es tanta mi emocion, señora, que apenas puedo dirigiros la palabra; no sé qué deciros, ni cómo explicaros una conducta tan----

—Dígalo usted de una vez, caballero, tan descortés y tan infame.

—Todas las recriminaciones que me podais hacer, yo me las he hecho de antemano; sé que no merezco el perdon, que he ofendido al mas noble de los corazones, que he arrancado lágrimas á unos ojos que jamas debieron empañarse.

—¿Y Eloisa, caballero?

La vidriera de la ventana que daba á los corredores se estremeció.

Don Fernando volvió con inquietud la cabeza.

—Es el viento, murmuró la Montemolin.

Volvieron ambos á quedar en silencio.

—Demos fin á una situacion tan desesperada; vos sabeis, señora, que os amo, que mi cariño no ha conocido limites, y----

—Y que os íbais á casar con la señorita Mons, si yo imprudentemente no os hubiera detenido en mi casa.

La vidriera volvió á crujir con mas fuerza.

—Sí, don Fernando, me arrepiento; yo debia haberos entregado á vuestro destino; Eloisa es bella, su virtud es la de un ángel.

—Sí, pero yo no la amo.

—Callad, caballero, á esa criatura no puede vérsese sin sentir en el corazon un rayo de simpatía, y vos visitábais á la señorita Mons, estábais en su intimidad, gozábais del aliento seductor de sus amores, y acaso sin pensar la habeis amado; conozco vuestro corazon y la susceptibilidad de vuestro carácter.

—Te engañas, dijo don Fernando arrodillándose á los piés de doña Blanca; yo no sé amar si no es á tí, cuya influencia domina mi espíritu; á tí, cuya existencia envuelta en las vicisitudes del destino, se manifiesta tan grande y tan serena.... Sí, Blanca, yo te amo con una pasión violenta no sentida jamás en mi alma; te he encontrado en el camino tortuoso de la vida, y siento que hay algo de fatalismo en este amor que me devora.... Tu imágen no me ha abandonado un solo instante; solo, siempre solo en este torbellino que nos envuelve, tú has sido mi única esperanza, la sola ilusión de mi alma intranquila y pesarosa.... Yo soy extranjero en mi misma patria, y estoy en las filas del anatema; yo podia haberme separado de este camino, pero sentí tus pisadas, te ví comprometida en una causa, y me he decidido á seguir, mas bien por tí, que por lo que personalmente pudiera interesarme.

Doña Blanca comenzaba á influenciarse con las palabras de aquel hombre, que tocaban los dos resortes mas terribles de su alma, el amor y la ambicion.

—Oyeme, Blanca mia, continuó el aventurero tomando una mano á la condesa, que abandonó entre las de su amante, hay mucho de heroismo en este amor que te consagro; lucho y lucharé hasta el fin porque el rey don Juan se sienta en el trono de México, y sé ciertamente que ese dia es el de nuestra separacion; pero yo debo sacrificarme por tí, por tí que eres mi existencia.... en la hora suprema de tu dicha, yo seré el sér desgraciado, el pobre sér escarnecido y vilipendiado; porque tú no podrás ser nunca mi esposa, ¿no es verdad?

La condesa inclinó la frente y comenzó á verter sus lágrimas en silencio.

—Sí, entonces, continuó exaltado don Fernando, yo huiré de tí, y tú, rodeada de todas las seducciones de la corte, en medio de ese brillo y esplendor á que estás predestinada, te olvidarás hasta de mi existencia!.... No, no importa, dijo cada vez mas exaltado el conde, yo sé sufrir, esa ha sido mi escuela, y si el aliento me faltara, entonces me sobraria el valor para darme la muerte dejándote en el mundo de la felicidad!

—Pero lo que decís es espantoso!

—No he podido resistir á la idea de vuestro enojo, y he venido al campo de mis enemigos, de un momento á otro puedo ser denunciado y muerto á vuestros ojos.

—No, yo no resistiria ese espectáculo, huid, Don Fernando huid, por compasion!

—Blanca, estoy á tus piés, te he abierto mi corazon, en cambio necesito una palabra de tus lábios, una sola esperanza, una frase de olvido y de misericordia.

—Vos lo habeis dicho, conde, estamos separados por un mar insondable.

—Yo te acuso á mi vez de engaño; si ya sabias que nuestra existencia no podia caminar sobre una misma huella, ¿á que decirme que me amabas, á qué alentar mis esperanzas y despertar en mi corazon la fiebre terrible de una pasión inmensa?

Un gemido sordo se dejó escuchar tras la ventana; pero que no fué escuchado por el conde ni Doña Blanca.

—Sí, todo era un sueño que tenia por perspectiva una realidad espantosa; si tras la sonrisa del ángel se escondia la mirada de Satanás, y el abismo sin fondo de la desesperacion, ¿á que lanzar á un hombre que nada os habia hecho sino amaros hasta la locura?

—Es cierto, es cierto! gritó la condesa deshecha en lágrimas.

—Entonces, señora, á qué recriminar mi conducta, á qué lanzar ese anatema horrible sobre mi existencia?.... oidme, todo ha pasado ya, sé que nada tengo que esperar, nada, sin la muerte que está en torno mio hace mucho tiempo.... vais

á saber los últimos pasos de mi vida; os vais á estremecer como una hoja al soplo del huracan, vais á tenerme horror; porque mis palabras abrirán el abismo sin fondo que va á mediar entre los dos.

La condesa posó su mirada en la torva frente del aventurero.

—Yo, continuó D. Fernando, tomando asiento al lado de Doña Blanca, he llevado una juventud tormentosa y llena de azares, el ímpetu de mi carácter se hizo sentir en mis primeros duelos, en que la sangre ha corrido por la hoja de mi espada, entónces el honor escudaba el asesinato, la sociedad aplaudia, y yo era el hombre de moda, el héroe del crimen!---- cansado de vivir entre la crápula del ejército, humillado por la ruina de una fortuna colosal despilfarrada en las veladas de la disipacion y del juego, entré en ese torbellino de la *intervencion*, como el último puerto de mis burladas esperanzas, os encontré á mi paso y entónces mi destino se hizo mas sombrío, os juzgué como á un ser á quien debia de abandonar para arrojarme á la tabla de salvacion en mi naufragio, y pedí resueltamente la mano de la señorita Mons.

—Todo lo sé, caballero, callad si no quereis hacerme morir de desesperacion.

—Hasta ahora, Doña Blanca, todo puede pasar por una aventura mas ó ménos romancesca, pero yo he ido hasta la fatalidad.

—Aun hay mas todavía? preguntó asustada la condesa.

—Sí, yo he resbalado en el fango del crimen, y el terrible incendio de San Andres fué levantado por mi propia mano.

—Pero esto es horrible, yo no lo habia creído cuando Wask me lo ha asegurado.

—Wask me vendia, pensó Don Fernando, y luego continuó con la concentracion del despecho: sí, yo me delato ante vos, señora, como un criminal!----

La condesa sintió, al mismo tiempo que un terror profundo

por aquel hombre, que habia algo que la ataba al ser deforme objeto de su entrañable amor.

—Señora, continuó el conde con acento conmovido, la hora de la expiacion ha comenzado, los fantasmas del remordimiento se destacan en el fondo oscuro de mi conciencia---- sé que la maldicion de Dios está sobre mí, y que tarde ó temprano caerá ese rayo vengador de la justicia divina!----

Estremeciése Doña Blanca, y una agitacion mortal discurrió por todos sus miembros.

—Sí, dijo Don Fernando, todos los dias se ahonda mas y mas el abismo á cuya sima estoy suspendido---- la felicidad ha huido como una sombra, el iris se ha tornado en una faja oscura que me envuelve como una mortaja---- yo siento que se levanta dentro de mí algo que me acusa, y mi corazon se oprime dolorosamente y mis lágrimas acuden como una lluvia de fuego á mis párpados calenturientos!--- tenedme compasion!--- prófugo entre los hombres y amenazado por la cólera del cielo, no sé lo que va á ser de mí!

El conde inclinó su cabeza y llevó las manos á sus ojos para enjugar el llanto que en turbias gotas se desprendia de sus pupilas candentes.

Doña Blanca sintió amor y compasion por aquel hombre, y en un arrebato de entusiasmo frenético, tomó la cabeza de su amante é imprimió un beso en la pálida frente del aventurero.

Como si el infierno hubiera respondido al ruido seco de aquel beso profano, se oyó un alarido en la parte de afuera de la estancia y voces y pasos que se alejaban.

Doña Blanca mató la luz y salió osadamente á los corredores.

Todo estaba desierto.

Entónces tendió su mano al conde, que la besó respetuosamente.

—Adios, señora, dijo Don Fernando, hasta la eternidad!

—Adios, murmuró Doña Blanca, y cayó sin sentido como si la muerte la hubiese herido de súbito en aquellos momentos.

## VI.

Eloisa se habia apercibido de las señas de Doña Blanca al conde del Jaral, y de la presencia de su antiguo novio en la estancia de la condesa.

Profundamente celosa, siguió á Don Fernando y se puso en acecho de los amantes, viendo tras de los cristales de la ventana la escena que acabamos de describir.

Mondoñedo siguió á la vez á su rival, quiso espiar por la ventana y se encontró con Eloisa.

—Qué haceis aquí, señora?

—No lo sé, respondió Eloisa con voz trémula; y vos, caballero?

—Vengo en pos de la venganza.

—A ella acudo en este momento; no satisfecho ese hombre con haberme escupido al rostro, hoy, caballero, en mi propia casa tiene cita con una muger.

—Y vos no la conoceis?

—No, no la conozco.

—Pues alejaos en nombre del cielo de este sitio.

—No retrocederé un solo paso.

—Yo me encargo de vengaros.

—Silencio!..... esa palabra me horroriza..... no obstante, quiero ver por mis propios ojos hasta dónde llega la avilanteza de ese hombre.

—Vais á saber secretos terribles.

—Y que me importa si ya sé cuanto pueda labrar la desgracia de toda mi existencia?

—Podriais arrepentiros, retiraos, vuestra alma no está acostumbrada á estas luchas terribles.

—Ya estoy familiarizada con el dolor, y un golpe mas no acobarda mi espíritu.

—Sea, pues que vos lo deseais.

Aquellos dos siniestros espectadores pegaron sus rostros á los cristales, y fijos y terribles é inmóviles, no perdian una sola palabra ni el movimiento mas insignificante.

Cuando Eloisa escuchó la trama infernal del conde y se enteró del secreto de su enlace, creyó morir de angustia.

Mondoñedo, en presencia del amor de aquel hombre y aquella muger, estaba desfallecido; pero al oír de labios del aventurero su historia de crímenes horrendos, quiso matar al conde, aplastar aquella víbora rabiosa que aun podia causar males inmensos.

Eloisa estaba impresionada por el relato infernal del aventurero, sintió horror por el hombre único á quien habia consagrado el amor de su existencia, comprendió que nada podia mediar entre los dos despues de aquellas revelaciones siniestras; pero quiso apurar hasta la última gota del acibar.

Oia todo sin comprender, escuchaba nombres de personajes que le eran totalmente desconocidos, y no podia saber definitivamente quien era aquella rival presentada bajo una faz tan alta y misteriosa.

Tuvo miedo de todo aquel misterio que la circundaba, queria preguntar á Mondoñedo; pero fija su mirada en la escena y absorto su espíritu, no pudo aventurar una palabra.

Cuando la condesa tomó entre sus manos la cabeza del conde é imprimió un beso en aquella frente sombría y apagada, Eloisa sacudió convulsivamente las verjas de hierro de la ventana, Mondoñedo rugió celoso como un tigre herido y amartilló su pistola.

—Qué haceis? dijo asustada Eloisa.

—Dejadme, dejadme, es preciso que ese hombre muera!.....

Eloisa se arrojó al brazo del estudiante, asiéndose de la arma preparada.